

Sr. Diácono D. Guadalupe Velazquez, maestro de cantores de nuestra Iglesia Catedral, y sus tiernos y religiosos acordes, invitando dulcemente al recogimiento y á la oracion, hicieron escuchar el canto sagrado propio exclusivamente de la Iglesia.

Concluido este acto religioso, los peregrinos, postrados ante el altar de Maria, creyeron recibir las bendiciones de su tierna Madre, y volvieron á sus hogares henchidos sus pechos de gozo y celestial alegría.

El muy Ilustre y Venerable Cabildo de aquella insigne Colegiata, á quien tenemos la honra de dar un público testimonio de gratitud á nombre de nuestra Iglesia de Querétaro, por las innumerables consideraciones y distinguidos favores con que atendió á la peregrinacion, y con particularidad á nuestro Ilmo. Prelado y sus Comisiones, acordó honrar nuestro estandarte, y determinó fuese colocado para memoria en el altar de San Pedro, que fué el punto desde donde organizada la peregrinacion, comenzó su procesion en torno del templo. Segun sabemos, se hará de un modo semejante con todos los estandartes de las peregrinaciones que en adelante se verifiquen; y si es así, dentro de poco tiempo la gran Basílica, coronada con los estandartes de todas las Iglesias de México, será un público y solemne monumento de la piedad nacional, y un testigo irrecusable de que nuestra nacion ha sido, es y siempre será exclusivamente católica.

Al ir á terminar esta reseña, nos ha parecido buena correspondencia á nuestros hermanos de México exornarla con los escritos que publicaron, haciendo eco á nuestras ardientes manifestaciones. De la «Voz de México,» correspondiente al día 10 del corriente, hemos tomado los párrafos siguientes:

## MIL BENDICIONES!

Mucho, y con razon, ha llamado la atencion la pieza oratoria pronunciada anteayer en el histórico púlpito de Guadalupe. Sembrada de rasgos verdaderos y de alta enseñanza, esa pieza está llamada á ser conocida de frontera á frontera. Ella es un verdadero suceso, y su significacion social es grande, porque lleva en sí aquella incontrastable eficacia de la verdad, de la fé y del amor, más poderosos que la muerte y que el infierno. El orador que pronuncia un discurso así, se hace célebre en un dia, porque para producir un discurso semejante se necesita, más que todo, tener la conciencia de la propia mision y ser bastante digno para no mantener la verdad cautiva en injusticia. Un discurso, obra humana, vale tanto como vale el hombre que lo produce, y el hombre, si por el talento tiene algun valor, más, mucho más lo tiene por el carácter.

Los discursos no valen por la ornamentacion postiza que alcanzan hasta los talentos medianos; los discursos no valen por las frases rebuscadas y doradas trabajosamente al fuego del amor propio, valen los discursos por cuanto enseñan, y de entre todos, los que más han de enseñar son los discursos sagrados que deben flotar en lo sobrenatural. El criterio del sacerdote es y tiene que ser más alto que cualquiera otro criterio, y, por lo mismo, aberracion seria en un sacerdote mexicano, al ocupar el más mexicano de los púlpitos, si cabe decirlo, aberracion seria quedar por abajo de la filosofía de la historia, y por abajo de sus propios oyentes. Nada es más desconsolador, que el bajar de una tribu-

na con un discurso que ha llenado de notas el auditorio, que más discursivo que el propio orador llamado á enseñarle, se pregunta: ¿por qué no dijo esto, por qué no dijo aquello? lamentando el vacío de los conceptos escuchados. Y si esto pasa en lo profano, en lo sagrado, que como sagrado debe revestir un prestigio más que humano, es muy de sentir esa palabra lánguida y fría que anuncia una mente que no sabe comprender, una mente que no se ha nutrido con la sabiduría, y más que eso, un corazón que no siente ese arranque y ese valor que se inculcan en el amor de Dios y en la oración. Adelante de todos en la fé debe ir el sacerdote, adelante de todos en la prevision, adelante de todos en aquellas virtudes que más íntimamente emanan de la caridad, madre de todas. Porque el sacerdote es padre del pueblo, porque el sacerdote es hijo del sacrificio, porque al sacerdote se le manda dar la vida por los suyos y predicar la verdad en los tejados.

Y cuando una nación padece mal nacional, nacionalmente se ha de curar, y así ha de hablársele, como lo hizo el predicador queretano que dió lustre á su diócesis, contento á los mexicanos y honor á la falange sagrada. No elogiamos su discurso en el sentido humano. Lo humano, quédese para la tribuna, que la cátedra sagrada debe tener en todo corazón cristiano tal imperio, que aun cuando la razón conozca la inferioridad intelectual del orador, debe darse entrada al adelanto espiritual por la puerta de la humildad. La pieza de que hablamos, es buena, porque llevó, discretamente, sin salirse de los linderos de la misión sacerdotal, porqué llevó, decimos, la cuestión de la salvación nacional al orden alto de los sobrenaturales principios. Para nosotros, hijos amorosos de la Iglesia, nada más grato que encontrar en su puesto á los que son nuestros superiores, porque castigo

horrible veríamos, *mas que en nada*, en la yerta indiferencia de los que cuidan la casa del Señor.

Calláramos entonces, pero calláramos con lágrimas del corazón, hilo á hilo, con aquellas lágrimas que *no quieren consolarse*, y que, convirtiéndose en oración, como lo indica el santo y sabio autor del «Apostolado,» piden á Dios con instancia el calor y la luz para los mismos guardianes de la fé. A los cristianos poco ilustrados puede parecer avanzada esta asercion; pero para acallar sus temores les diremos que esta es la enseñanza de la Iglesia, y la abonaremos, con los grandes nombres de Faber, de Bossuet, y de San Agustín, y con ciento más si se nos pide.

El grande Obispo de Hipona decía: «A menudo las luces de los que enseñan, vienen de las oraciones de los que escuchan, y todo el bien que se hace por los pastores se hace por el secreto movimiento de las almas que conocen á Dios.» Esta es la gloria y la grandeza de la unidad de la Iglesia, y por eso siempre hemos pedido oraciones á las almas cristianas para que triunfe la nación y triunfe la Iglesia.

Pues bien, por dicha de México, no estamos los católicos mexicanos en aquel triste caso de que habla la Escritura cuando solo dan voces dos *perros* del rebaño. No; se levanta un templo en la capital y este templo es de expiación por los pecados nacionales; la Virgen de Guadalupe es nuestra Patrona, y ochenta días de indulgencia tiene cada acto en honra suya; en Querétaro se renueva la jura del Patronato, en otras Diócesis se fomenta esa nacional devoción; de la cátedra de Guadalupe descenden las autorizadas voces del P. Plancarte y del P. Moro, diciendo el primero: «¡Maldito el mexicano que no sea patriota!» y el segundo, aunque extranjero, que «México es el querido Benjamín de las naciones,» y ahora, frescas las amenazas de una na-

cion soberbia, un sacerdote inspirado nos dice: «¿Qué teméis? teneis una Madre, más vuestra que de otra nacion; nada podrán contra vosotros las mayores potencias extranjeras.»

Así es como la religion salva á los pueblos, por la infusion de la fé, de la esperanza y de la caridad. De la fé, que toma sus principios en lo sobrenatural, de la esperanza, que dá vigor al hombre, para obrar, de la caridad que, deshaciendo el egoismo fraticida, siembra la paz, la union, el patriotismo, el valor y el sacrificio, que fortifican, como por encanto, á los pueblos más abatidos.

El éxito asombroso del sermón del Sr. Canónigo Rosas consiste en su correspondencia con las necesidades nacionales. El se ha hecho amable, porque ha venido á colocarse entre los sacerdotes que ven á la Iglesia como lo que es, como la maestra de las naciones, como un elemento que por su naturaleza es público y se endereza á la colectividad. Los que proceden de otra manera vienen, como dice un publicista célebre, «á dar la razon al impio Bayle, tan enérgicamente refutado por Montesquieu, sobre que la espiritualidad del cristianismo lo hace impropio para la formacion de los Estados.» Muy al contrario de lo que los impios piensan y pretenden, el catolicismo se dirige, no á los hombres distributivamente, sino á los pueblos. La mision dada al sacerdocio es esta: «Id y predicad á las naciones. En herencia le han sido dadas á Jesucristo (*Salmo 11, 8*) y San Pablo se llamó el Doctor de las *naciones* (*Thimoth 11, 11*). Un libro cabe escribir sobre esto; pero concluiremos haciendo estas citas de un grande escritor laureado por obispos y cardenales: «El Dios del Evangelio no es un dios lar, que se deja relegar á la sombra del hogar doméstico» ..... «el cristianismo no seria verdad (¡oidlo!) si no se dirigiera al hombre social, al hombre nacion» ..... «admíro-

me de tener que recordar esto á cristianos y enseñarles que su Dios, no es el Dios de su oratorio y que *es apostatar* no profesarlo *nacionalmente*. (*Augusto Nicolás: «El Estado sin Dios*).

¿Qué alegría, pues, no nos habrá causado la manifestacion imponente por lo tranquila, fecunda por lo justa, salvadora por lo verdadera, que acaba de hacer la Mitra de Querétaro? La palabra santa, en el Santuario se ha quedado, no ha salido de los términos de su jurisdiccion; pero puntualmente, por eso, puntualmente porque se ha elevado á donde se eleva siempre la Maestra de las naciones, á los *principios*, alta esfera de luz y de vida, las *consecuencias* tienen que ser tan brillantes como nacionales, tan justas como beneficiosas. Hé aquí cómo la Iglesia, sin estrépito de armas y sin ruido, solo con el poder de la verdad y del amor, restaura el patriotismo que es la vida y el honor y la prosperidad de una nacion. ¡Oh! aquí el corazon sollozando exclama: «beneditos sean los piés de los que evangelizan la paz.»

JOSÉ JOAQUIN TERRAZAS.